

El verano de López-Aliaga (o cómo se forma una novela)

Todo se remonta a octubre del año pasado, cuando rodeado de visiones milenaristas, intrínsecos acabos de mundo que resultaron todo un fiasco, yo daba por terminada la primera versión de "El verano del ángel". La incertidumbre de lo que representaba un fin de siglo que, después nos enteraríamos, se trataba sólo de un poco heroico cambio de leño, se mezclaba con la total incertidumbre respecto de la novela que acababa de terminar y que en realidad, ya lo presentía, sólo estaba empezando. Literalmente no sabía lo que había escrito. Creo que mi única intención era escribir algo que fluyera con cierta plasticidad, alcanzar una simplicidad de estilo que, por supuesto, ameritaba la mayor laboriosidad "escultórica" en la que hasta entonces me había embarcado. Quería, en el fondo, con toda la petulancia del mundo, lo mismo que Flaubert: "lo que yo quisiera hacer decía el francés es un libro sobre nada, un libro sin ataduras exteriores, que se sostenga a sí mismo por la fuerza interna de su estilo, como la Tierra que sin sustento se sostiene en el aire...". Yo quería nada más que eso. Nada menos. De manera que cuando me encontré con el primer borrador de "El verano del ángel" entre las manos, prácticamente no sabía de lo que se trataba. Mi incertidumbre era absoluta y en un arrebato mundano y cosmopolita, seguro jugando un poco a ser Hemingway, decidí partir a Italia para leer mi manuscrito con cierta distancia y, quizás, otorgarle un airecillo de sofisticación y cultura al bar Panamericano y a su tropa de barbudos habitantes. Aunque quizá sólo estaba pensando en Lucio Lecaros, el padre de uno de los protagonistas de la novela que, como se dice aquí dentro, era "arrante de los romanes al punto de aceptar gustoso, con una sonrisa de plenitud, que la tía Aurelia lo llamara bruto". Así me instalé en Roma entonces y, la verdad sea dicha, lo más culto y sofisticado que hice en la ciudad eterna fue ir al Olímpico a ver un partido de Marcelo Salas. Y creo que fue esa misma tarde de domingo, después de gritar los goles de la Lazio, que se me ocurrió llamar a Bologna para saludar a Leonardo Boscarin. Le conté emocionado lo de mi experiencia futbolera y él, a larguísima y sobradísima distancia, me comentó que ese era el típico sueldo de empleado público chileno, ir a Roma para ver jugar a Salas. Como para no decir demasiado en su estima, le comenté entonces que, bueno, también andaba trayendo una novelita. Ahí como que el amante le empezó a interesar un poco más al doctor Boscarin y hasta se dignó a invitarme a su palacio medieval, en la vieja y cultísima Bologna. Detallar lo que ocurrió en aquellas jornadas bolognesas daría para escribir toda una novela que, pensando bien, quizás escriba algún día. Baste decir, por el momento, que lo que iba a ser una protocolar visita de tres días, se transformó en una productiva, intensa y escandalosa "pegada en la pera" que duró un mes y medio. No sólo leímos la novela, diría que la vivimos. Y la bebimos, claro. Hicimos ahí, atorados de un vino fríasano de muy dudosa calidad, conocí personalmente a los personajes de la novela, entendí su trama, afiné el estilo. No hablamos "de" don

A modo de relato breve y subterfugio, es el propio autor de "El verano del ángel" (Editorial Dolmen) quien nos explica el largo periplo de escribir y publicar una novela. "Casi puedo palpar en mi anatomía un órgano que me impulsa a escribir. Quizás sí mi único aporte a la humanidad finalmente voy a donar a la ciencia ese órgano, el único que conservo en buen estado", afirma Luis López-Aliaga, colaborador de EL SUR.



Adolfo, por ejemplo, sino que hablamos "con" don Adolfo, el mismo que ustedes pueden conocer si se animan a leer la novela. La incertidumbre que me había llevado hasta Italia en gran parte había desaparecido. Volví entonces a terminar el verano antes de que el verano terminara, no sé si me explico. La idea era trabajar las iluminaciones que tuvimos en los salones del palacio medieval y de ahí, en marzo, iniciar el odioso proceso de negociar con las editoriales. En eso estaba, cuando una calurosa tarde de enero se materializó en la puerta de mi casa el personaje de este cuento y, como ya dije, coautor de la novela. Leonardo Boscarin me informó, todo flacuchento y chispeante, que se había convertido nada menos que en editor de una colección de narrativa que pretendía iniciar Dolmen y que estimaba que yo era el conejillo de indias ideal para caer en la trampa. El proyecto sonaba bonito, pero la verdad es que uno en esto del mundo editorial se demora sólo un par de libros en perder la inocencia (digamos que mi virginidad había quedado descartada en algún pasillo de la editorial Grijalbo Mondadori), así es que fui la junte: "una cosa es la amistad, le dije corrompido, y otra son los negocios". Escandalosa mentira, claro, porque al cabo de unas cuantas botellas de vino (ahora de mejor calidad, gracias al gentil acopio de Patricio Tapia) terminé embarcándome en la aún incipiente Colección Barbanul. Mal que mal la novela trata un poco de eso, de la arquitectura de los sueños, digamos, de la albedilería que nos permite erigir lo que no existe. Y es también una novela de amistad, por cierto. La amistad que nos impulsa a seguir con nuestros imaginarios a cuestas, a resistir a la fragilidad de la existencia. Teníamos un proyecto en común, nuestra poquísima y moldeable utopía, nuestro propio taller de pintura, para volver a la novela que nos retine, y de ahí en más sólo quedaba empezar el clavotero, el estucado, el trabajo sucio, al fin de cuentas. Se inició una etapa distinta, entonces, en la que el autor del mítico "Sobremesa Salomé" anamó implacablemente su recién estrenada condición de editor. Creo que justo por esas fechas Boscarin había leído algunas biografías del hiperactivo editor Giulio Einaudi, lo que derivó en ocuros contratiempos para mi paciencia, pero sospecho que en claros beneficios para la novela. Luego mi editor volvió a Italia y yo, ilusamente, creí que comenzaban mis vacaciones. Nada, el trabajo siguió con más intensidad aún, gracias a la maravillosa maldición de la cibernética, que nos permitió ahondar en temas tan apasionantes como el uso de la palabra jeana, la plasticidad de los números arábigos o la escandalosa sociedad de las comillas. Llegamos al fondo de las cosas, como pedía Celine, y desde ese fondo que aún nos cuesta visualizar con claridad fue que extrañamos esta novela cuyos méritos comparto con Boscarin y cuyos pifias asumo solito, con toda la irresponsabilidad del mundo. Porque al fin de cuentas, parafraseando un poco a Borges, otros estarán orgullosos de los libros que han escrito. Yo, más que nada, estoy orgulloso de los amigos que he ganado.

Luis López-Aliaga Roncagliolo.

El verano de López-ALiaga [artículo] Luis López Aliaga Roncagliolo.

Libros y documentos

AUTORÍA

López-Aliaga, Luis, 1966-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El verano de López-ALiaga [artículo] Luis López Aliaga Roncagliolo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile